

# Iniciaciones cubanas

*Fidel Sendagorta*

“**V**EO QUE DEJÉ RAÍCES EN LA HABANA DONDE YO ME QUEDÉ por sentir las muy en lo hondo de mí misma”. Siempre me detengo en esta frase del epistolario de María Zambrano a José Lezama como si un día cualquiera me fuera a ser desvelado el secreto de este arraigo en Cuba de la escritora malagueña y de paso, el mío propio, acrecentado en estos años transcurridos desde mi partida de la Isla.

Vuelvo la vista atrás, hacia el territorio nebuloso de mi infancia, en busca de esas pistas que me ayuden a comprender retrospectivamente de dónde me viene esta quereencia por un país que no es el mío. El primer recuerdo cubano es el relato, por mi madre o acaso por mi abuela, no lo sabría decir con precisión, de la expulsión de la Isla de mi tío Juan Pablo de Lojendio, entonces Embajador de España, tras un sonado enfrentamiento con el Primer Ministro Fidel Castro. Se trata de un episodio tan conocido que me resulta difícil deslindar lo que tiene de acontecimiento público de esos ecos íntimos y familiares que ahora me interesan más. Casi siempre que se rememoran estos hechos, con motivo de la última crisis de turno entre La Habana y Madrid, sale a colación el supuesto disgusto de Franco, que no deseaba un deterioro –no digamos una ruptura– de las relaciones con Cuba. Es difícil saber qué parte de verdad pueda haber en esta versión. Lo que no es cierto, como también se ha dicho, es que este enfado –real o imaginado– de Franco, se tradujera en un perjuicio para la carrera de mi tío, que poco después fue nombrado Embajador en Berna. Pero todo esto lo supe bastantes años después. Ahora vuelvo a aquel relato familiar y veo crecer ante mis ojos de niño a aquel pariente convertido en leyenda, la del hombre audaz que sólo y bajo la única protección de esa ficción llamada la inmunidad diplomática, se encara con el personaje poderoso y le dice que miente.

Mi segundo recuerdo de tema cubano tiene contornos más precisos. Estamos veraneando en El Escorial y la apacible rutina de aquellas interminables vacaciones de

la infancia se ve interrumpida por una llamada de teléfono. Son malas noticias. El carguero “Sierra Aránzazu”, de la compañía que dirige mi padre, ha sido ametrallado a cien millas de Santiago de Cuba. En el ataque, atribuido a lanchas rápidas de un comando anticastrista, han muerto tres tripulantes y entre ellos, el capitán, amigo y compañero de colegio de mi padre.

Estamos en el año 1964 y el incidente sitúa a los gobiernos de Madrid y Washington en una posición delicada. Es de dominio público que estos grupos armados del exilio cubano cuentan con el apoyo y la cobertura de la CIA, y por tanto la responsabilidad norteamericana en esta agresión, ya sea por activa o por pasiva, parece del todo evidente. Pero el régimen español no es precisamente sospechoso de filocomunismo y de hecho se ha convertido en un firme aliado militar de los Estados Unidos en la guerra fría. Aunque ambas partes se esfuerzan por reducir la tensión, la prensa española de la época no disimula los reflejos de antinorteamericanismo que siguen latentes desde 1898. Finalmente, la crisis se cierra con el propósito del Gobierno español de mantener su comercio con Cuba y con la garantía de los Estados Unidos de que incidentes de esta naturaleza no volverán a producirse.

Éstos son mis antecedentes cubanos y a ellos me tengo que referir para descubrir los balbuceos de una actitud personal hacia la Isla. En mi familia no existe, como sucede en tantas otras españolas, un abuelo matancero o una bisabuela de Camagüey. En casa nunca hubo, por tanto, la foto del buque de la Transatlántica atracando en el puerto de La Habana, ni la mecedora de rejilla, evocadora de tertulias al atardecer en un porche criollo. En cambio, mi padre nació en Manila y mis parientes han estado vinculados desde hace varias generaciones a Filipinas, esa remota colonia a la que la Historia reservaba un destino paralelo al de Cuba.

En todo caso, el efecto combinado de aquellos dos recuerdos cubanos debió tener en mi cabeza de niño un regusto desconcertante. Porque, vamos a ver, ¿quiénes eran los buenos y quiénes los malos? En el episodio de mi tío Juan Pablo estaba claro que el malvado era Castro. ¿Pero acaso no eran anticastristas los canallas que habían incendiado el “Sierra Aránzazu”, asesinando al amigo de mi padre?

Puedo recapitular de la siguiente manera. Mi bagaje cubano era, en primer lugar, crudamente político, desprovisto de otras evocaciones que dulcificaran estas impresiones conflictivas. Y en segundo lugar, era un bagaje que me causaba una gran perplejidad y no poca curiosidad. Eran escasas las certezas y muchas las preguntas.

Luego estaba la cuestión del nombre. A mí me habían llamado Fidel como mi abuelo. Pero nadie pensaba en abuelos cuando decía cómo me llamaba. Una vez tras otra tenía que escuchar el mismo comentario, tan inevitable como predecible: “¡Ah, Fidel, como Fidel Castro!” Años después, durante mi estancia en Cuba fui coleccionando chascarrillos y anécdotas referentes a esta identidad de nombres propios. La más embarazosa ocurrió en un museo de Santiago donde la recepcionista me preguntó mi nombre para apuntarlo en un registro de visitantes. Al contestarle que Fidel Sendagorta puso cara de

incredulidad y de escándalo y me dijo a voz en grito: “¿Cómo ha dicho? ¿Fidel En-la-horca?” Al oír estas palabras todos los presentes se volvieron hacia nosotros en medio de una fenomenal expectación y yo quise que allí mismo me tragara la tierra.

Pero ahora Castro ya no es el único gobernante en llamarse Fidel. El otro es Fidel Ramos, Presidente de la República de Filipinas. Espero que a los investigadores no les pase desapercibida esta coincidencia y que escriban sobre ella algo de enjundia con motivo del primer centenario del 98.

Por fin llego a La Habana en los primeros días de agosto de 1988, destinado a nuestra Embajada como primer secretario. En aquel momento, todo el imponente edificio del mundo comunista, con la Unión Soviética a la cabeza, no sólo seguía en pie sino que parecía destinado a durar eternamente. Tres años después, cuando Mela, mi mujer, y yo nos despedimos de la Isla, los muros habían caído uno tras otro y el campo comunista era un paisaje de ruinas. Seguir los avatares de este proceso desde Cuba, el único país hispánico encuadrado en aquel mundo, constituyó un aspecto determinante de mi experiencia en la Isla.

A diferencia de otros países, Cuba había entrado en la órbita soviética por voluntad propia, o más precisamente, por designio de sus gobernantes, que entonces gozaban de un amplio apoyo popular. Sin embargo, siempre hubo algo artificial en ese hermanamiento con unas naciones tan ajenas por su historia y su cultura. Cada vez que en el aeropuerto de Rancho Boyeros me cruzaba con un grupo de mulatos enfundados en pesados abrigos grises y tocados por inconfundibles gorros rusos, tenía la sensación de estar ante una versión dadaísta de Doctor Zhivago. Pero sí, un inesperado giro histórico había cambiado la vida a todo un pueblo y Carlos Varela pudo componer aquella canción en la que imaginaba una partida de ajedrez entre Lenin y Tristán Tzara: “a veces presiento que fui una pieza, y que aquel tablero era mi ciudad”.

Ahora bien, cuando conocí a Carlos y a su grupo de amigos, entre los que estaban Puchi Fajardo, Kiki Álvarez y los hermanos Arrechea, me di cuenta de una diferencia fundamental en nuestras percepciones. Para mí, como extranjero, el reloj Poljot y la radio Selena formaban parte del paisaje exótico de la Revolución cubana. Para ellos, que habían nacido después del 59, todo aquello era su propia vida, sus señas de identidad como generación. Porque en definitiva se trataba de eso, de la irrupción de una nueva generación en la escena cultural cubana. Alguien los bautizó como los hijos de Guillermo Tell, en referencia a la más emblemática de las canciones de Carlos Varela. Eran jóvenes y naturalmente querían cambiar el mundo, empezando por su propia Isla. Ninguno había conocido otra Cuba que no fuese la de la Revolución. Ellos eran su producto más acabado. Pero la conclusión estaba igualmente clara: la Revolución era suya con todas sus consecuencias. De ahí la ausencia de complejos, la impertinencia incluso, de muchos de sus planteamientos dirigidos al poder. Los artistas plásticos se pusieron a la cabeza de este movimiento en el que las mejores obras y manifestaciones conjugaban la crítica con un guiño de humor. Fatalmente, este tono festivo de los inicios fue dando paso a actitudes y

motivos mucho más ácidos. En pocos años se recorrió el camino que iba desde los desenfadados golpes de efecto de Artecalle hasta las duras instalaciones de Tonel y Kcho en torno al drama de los balseros. Entre tanto, el poder había puesto en marcha un dispositivo para disolver estas tendencias sin necesidad de recurrir a los antiestéticos autos de fe de los años 70. Fue una política represiva de baja intensidad que combinó el cierre de espacios en la Isla con el estímulo a la salida del país de los artistas más inquietos. La sección cultural de la Seguridad del Estado recibió, a buen seguro, felicitaciones por los resultados obtenidos. Cuba podía prescindir de esas enormes reservas de talento que ahora se dispersaban por el ancho mundo.

Con esta generación se agotaba un bien intangible pero imprescindible para cualquier proyecto humano: la ilusión. Ellos habían querido cambiar las cosas desde dentro y no les dejaron. A partir de entonces, la gran mayoría de los jóvenes de la Isla, entre la apatía y el instinto de supervivencia, no querrán tener más visión de futuro que sus propios horizontes personales. Pero si la Revolución perdió para siempre a muchos de sus jóvenes más valiosos, la nación todavía puede contar con ellos. No ya al servicio de una *Cuba dura*, como en la consigna de los comunistas madrileños, sino en el sentido de ese *patriotismo suave* del que habla Rafael Rojas o a favor de una *Cuba posible*, como reza el sugerente título del proyecto imaginado por Iván de la Nuez. Ellos, y tantos otros, representan el esfuerzo de reflexión lúcida y serena que tan necesario resulta para repensar una idea de patria en la que quepan todos los cubanos.

Conocí a muchos artistas de esta generación en el taller de serigrafía “René Portocarrero”, un refugio para la creación en libertad que gestionaba, con talante abierto y generoso, su director Aldo Menéndez. Por allí caía también de vez en cuando el Coronel Tony Laguardia, cuyas actividades en el Ministerio del Interior no eran entonces conocidas, pero sí su condición de artista aficionado. Su destino se cruza con el de los jóvenes pintores en un momento histórico de fuertes tensiones internas en todo el mundo comunista. En todos estos países los primeros en percibir la necesidad de los cambios que se avecinan proceden de dos medios que tienen poco que ver pero que se llaman casi igual: la intelligentsia y los servicios de inteligencia. Ambos tienen un amplio conocimiento del mundo exterior, por sus viajes y contactos, y tanto el uno como el otro trabajan a partir de un análisis de la realidad que quiere ser lo más veraz posible. También en Cuba existía una fuerte expectación, tanto entre los intelectuales como en el Ministerio del Interior, empezando por el Ministro Abrantes, favorable a una versión criolla de las políticas aperturistas que se estaban desarrollando en Moscú. Pero ya entonces Fidel Castro había tomado la decisión de acabar en el nido con todas las crías de la perestroika antes de que echaran a volar. Para que no quedara ninguna duda de que nadie, ¡nadie!, tenía bula, incluyó entre los purgados al General Ochoa, cada vez más crítico de la situación desde su regreso de Angola. Ochoa representaba para mucha gente en Cuba lo mejor que había producido una Revolución que se complacía en verse como la Esparta del Caribe. Con su fusilamiento, Castro logró, mediante un golpe preventivo, aniquilar todo asomo de desafío interno en la

clase dirigente, cuando se iniciaba un período de cambios turbulentos a escala mundial. El precio que tuvo que pagar fue el desvanecimiento de lo que quedaba de épica revolucionaria, como si se esfumara un hechizo antiguo.

Una víctima colateral del caso Ochoa fue Elizardo Sánchez Santacruz, detenido y condenado a tres años de prisión por denunciar las irregularidades cometidas en el juicio contra el General y los demás acusados. Elizardo, junto con Gustavo Arcos, su hermano Sebastián y un puñado de activistas, representaban entonces, no ya una imposible oposición –por la evidente desproporción de fuerzas– sino lisa y llanamente la defensa del sentido de la dignidad. Lo que más me admiraba de ellos es que, a pesar de todas las penalidades que habían sufrido, no prevalecía en su talante ni el resentimiento ni el deseo de venganza. Tanto Elizardo como Gustavo, el uno con planteamientos más políticos, el otro desde sus convicciones morales, tenían pleno convencimiento de que la reconciliación nacional era la única vía para la reconstrucción del país. Ésta era, por otra parte, la posición de la Iglesia cubana, defendida contra viento y marea por sus representantes. Todos ellos repetían, y siguen repitiendo, que de no avanzarse por ese camino, Cuba podría caer en un marasmo de violencia en el que se pondría en juego su existencia misma como nación. Nadie que conozca de cerca esta isla “dulce por fuera y amarga por dentro”, como decía Guillén, puede subestimar el peligro potencial del nivel de odio acumulado. Precisamente por eso, esta superación personal del odio es quizás la experiencia más impresionante que me dejó mi paso por la Isla. Porque el de Elizardo y Gustavo no son casos aislados. He conocido muchos, algunos de ellos presos políticos que salían tras haber cumplido veinte años en la cárcel y otros en circunstancias muy diversas, incluso desvinculadas de la persecución por motivos ideológicos. En todos he visto esa voluntad admirable de no permitir que el odio envenene sus vidas y en esta grandeza de ánimo reconozco siempre la inspiración de José Martí, empeñado él mismo en la lucha más difícil contra sus propios demonios personales: “a la bilis habría que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón y allí endulzo lo amargo”. Este ejemplo de generosidad que fue la vida y la obra de Martí tiene una fuerza simbólica de un valor incalculable para cuando a Cuba le llegue ese momento decisivo de encararse con su futuro.

Vuelvo a la resaca del caso Ochoa y siento la náusea de una situación cada vez más asfixiante. La necrofilia es la nota dominante de la retórica política y a esta época pertenece la consigna que exalta a la muerte como única alternativa a un socialismo que muere sin que nadie lo mate. Desde que llegué a La Habana he querido entender a Cuba en clave política pero ahora siento que esta búsqueda se va agotando. Es el momento de iniciarme en otras claves de la Isla. Como el personaje de Senel Paz leeré, a instancias de mis amigos cubanos, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, *Indagación del choteo* y *El Monte*. Leeré, desde luego, *Las iniciales de la tierra* y *Vista del amanecer en el trópico*, hasta adentrarme en los poetas origenistas que ya entonces me deslumbraron pero cuya revelación más íntima no tendría hasta otras lecturas posteriores, tras mi partida de la Isla.

A esta época pertenece también mi iniciación en los misterios gozosos del son cubano. Sucedió noche a noche, en aquellas sabrosas tertulias habaneras en las que indefectiblemente Bladimir Zamora acababa haciéndose con los mandos del aparato de música para infectarnos con el bicho de Miguel Matamoros, Ignacio Piñeiro o Beny Moré. Más tarde, cuando Santiago Auserón se incorporó a estas sesiones a su paso por La Habana, el son dejó de ser para mí un puro descubrimiento personal para convertirse en una aventura de mayor calado. La alquimia de poesía y música popular española y africana que había cuajado en el son cubano, yacía como un tesoro olvidado en los archivos sonoros de la ciudad. Santiago puso entonces en juego todo su prestigio de músico consagrado para persuadir a su compañía discográfica de la importancia de reeditar a estos míticos soneros. Así entró por fin en España el son por la puerta grande, después de tantos años de asombroso desconocimiento de uno de los más grandes lujos del patrimonio cultural iberoamericano.

Los que crecimos con los Rolling Stones hemos acabado rastreando las tiendas de discos en busca de una edición rara del Septeto Habanero. Es una evolución que nadie hubiera augurado hace unos años pero en la que reconozco una seña de nuestra generación: un creciente interés por la cultura iberoamericana como fuente revitalizadora de la nuestra propia.

Dentro de este espíritu, se organizaron en la Casa de América de Madrid los Encuentros con el Son Cubano en los que participaron, por iniciativa de Bladimir Zamora, músicos y musicólogos desde luego, pero también poetas de varias generaciones que habían recreado en su obra la magia de los rumberos legendarios. Vinieron jóvenes noveles como Camilo Venegas y maestros como Cintio Vitier y Fina García Marruz, que estuvieron sembrados en su evocación de los viejos sones campesinos. Así los recordaba yo, en La Habana, en conferencias que dieron sobre María Zambrano y Juan Ramón Jiménez, caer en una especie de trance poético que nos iba envolviendo a todos los presentes en una ola de emociones y sugerencias que parecía suspendernos en el tiempo.

Unas horas antes de su intervención había almorzado con ellos y tuvieron la gentileza de regalarme un ejemplar de los ensayos que acababan de publicar sobre San Juan de la Cruz, en ediciones El Vigía, esa gente de Matanzas que demuestra en cada obra que la belleza es posible en condiciones de penuria, a condición de aliarse con ella. Al leerlos me di cuenta que San Juan de la Cruz saca a relucir lo mejor de ambos poetas. ¿Por qué será que los místicos españoles han sido una fuente de inspiración tan característica de los escritores origenistas? Una comprensión superficial de la cultura cubana me hacía extrañarme de esa veta un tanto enigmática y hasta extravagante de este grupo literario. Luego he comprendido que *Orígenes*, y lo que se mueve en torno a *Orígenes*, es la más original y decisiva aportación de la cultura cubana a la cultura hispánica y universal, y que lo es precisamente por esa síntesis criolla de espiritualismo y sensualidad. La vitalidad de esta corriente se ha puesto de manifiesto en el enorme interés que despierta entre las jóvenes generaciones de escritores. Así hay que explicarse esas reservas portentosas de

vigor espiritual que rezuma la revista *Credo*, dirigida con una pasión fuera de lo común por Iván González, hasta su prematuro cierre decretado por las autoridades de la Isla.

Cintio Vitier y Fina García Marruz fueron precisamente dos de las ausencias más sonadas en el Encuentro que, en torno al cincuenta aniversario de la revista *Orígenes*, se celebró en la Casa de América un año después. Lo cierto es que no fue sencillo reunir bajo el título de “La isla entera” a once poetas del exilio y a otros tantos residentes en Cuba. La crisis de los balseros había estallado tres meses antes y la tensión política era muy fuerte. En aquellas circunstancias, no pocos escritores del exilio veían con enorme reticencia toda iniciativa que pudiera interpretarse como una operación de lavado de cara del régimen. Por su parte, los responsables políticos de la cultura en Cuba estaban firmemente decididos a impedir que proliferaran este tipo de encuentros sobre los que no tenían control alguno. Las organizadoras derrocharon habilidad y buena voluntad para tratar de asegurar la máxima participación posible. Al final, se tuvieron que realizar gestiones políticas de alto nivel para que en La Habana se autorizara el viaje de los escritores residentes en la Isla. El canciller Robaina, que dos meses antes se había entrevistado en Madrid, a instancias de su colega español, con Eloy Gutiérrez Menoyo, Ramón Cernuda y Alfredo Durán, no encontró argumentos para justificar el boicot de su Gobierno a estas jornadas literarias de homenaje a Lezama Lima.

Finalmente el Encuentro tuvo lugar, contra viento y marea, y en él se habló sobre todo de poesía, porque así lo quisieron los participantes. Precisamente esta afirmación de la autonomía de los poetas respecto a la política omnipresente fue lo que más molestó a los dirigentes que en La Habana hablan en posesivo de “mis escritores”. Superada la tensión de la llegada, en esos días disfruté del trato de muchos amigos que no había vuelto a ver desde mi estancia en Cuba, como César López, Guillermo Rodríguez Rivera y Pablo Armando Fernández. También me encontré con otros que había conocido ya en su exilio madrileño como Pío E. Serrano y Felipe Lázaro e igualmente con aquellos como Manolo Díaz Martínez y Jesús Díaz que habían salido recientemente de la Isla en circunstancias traumáticas. Por encima de las diferencias personales que pudiera haber, en todos aprecié una altura de miras para que saliera adelante este experimento de convivencia. La presencia de Gastón Baquero, como patriarca indiscutido de las letras cubanas resultó, sin duda, un factor clave para propiciar el espíritu que prevaleció en este encuentro. Yo había conocido a Gastón unos años antes y desde entonces admiraba su señorío, su sabiduría y su ingenio socarrón. En numerosas ocasiones había comprobado el interés de los jóvenes poetas cubanos por su obra y sabía que estos nuevos lectores le producían una satisfacción muy íntima, como si su larga paciencia hubiera sido finalmente recompensada. Desde su grandeza de ánimo y sin renunciar nunca a sus posiciones políticas, Gastón Baquero se ha convertido en un símbolo de la unidad esencial de la cultura cubana, siempre dispuesto a apoyar todas las iniciativas que promuevan ese espíritu.

Tengo un recuerdo muy especial del día en que se produjo el reencuentro entre Gastón y Eliseo Diego en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Se celebraba un acto de homenaje a Dulce María Loynaz con motivo del Premio Cervantes y los organizadores del acto les habían sentado en extremos opuestos de la sala para no violentar su voluntad, que entonces desconocíamos. Fue Fefé, la hija de Eliseo, la que provocó el encuentro y el abrazo. Era un abrazo necesario, cuya ausencia hubiera pesado siempre como una losa sobre la cultura cubana. En las semanas que siguieron, Carlos Barbáchano desde La Habana y yo mismo en Madrid, nos convertimos en improvisados mensajeros de las cartas que se cruzaron los dos poetas. Más tarde, cuando ví la película basada en la novela de Skármeta, pensé con legítimo orgullo en mi pequeño papel como cartero de Gastón.

La idea de dar continuidad y permanencia a ese espíritu de diálogo y respeto que había prevalecido en el homenaje a *Orígenes*, movió a Jesús Díaz a imaginar una revista que se llamaría *Encuentro*. Jesús, que había sido fundador de otras publicaciones como *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico*, inevitablemente asociadas a sinsabores y decepciones, iniciaba esta nueva aventura editorial con una admirable capacidad para ilusionarse y para ilusionar a los demás. Como otras iniciativas similares, ésta nació también bajo el fuego cruzado de aquéllos que en el exilio y en la Isla consideran que este tipo de proyectos sólo sirve para hacerle el juego al contrario. Pero ya nos vamos acostumbrando a reconocer en esta pinza la señal más clara de que se avanza en la buena dirección.

El primer número de la revista estuvo encabezado por un homenaje a Tomás Gutiérrez Alea, que acababa de morir unos meses antes. Yo era un admirador de Titón desde el día en que vi *Memorias del subdesarrollo* en la televisión inglesa y luego tuve la suerte de conocerlo y tratarlo en La Habana y también en Madrid, donde con una serenidad y un valor impresionantes, miraba a la muerte de frente mientras daba los retoques finales a su última película. Titón es uno de los más grandes artistas cubanos de este siglo y por eso me pareció impecable la idea de su homenaje en *Encuentro*, a pesar de las incomprendiciones que pudiera provocar en ciertos sectores del exilio. Ahora bien, resulta indudable que su vida y su obra representan quizás mejor que las de ningún otro, las contradicciones en las que se han movido los creadores cubanos en estas últimas décadas. Sobre esta cuestión tan crucial Heberto Padilla había escrito lo siguiente: “Tomás Gutiérrez Alea –el que yo conocí desde muy joven, el que compartió conmigo esperanzas y temores– se vió en la misma disyuntiva que sufrieron sus compañeros de trabajo; pero, entre la ética y el arte, se decidió por éste último. A la hora de su muerte le sobreviven declaraciones de apoyo indiscriminado al régimen que mayor represión ha ejercido en la historia de Cuba, y, al mismo tiempo, más de una docena de películas que vivirán cuando nadie recuerde las lamentables declaraciones de su creador (...).” Padilla entra aquí de lleno en el núcleo de un conflicto moral en el que la cuestión cubana adquiere una categoría universal, ya que se trata del conflicto por excelencia de todo verdadero intelectual de este siglo. Sin embargo, sus afirmaciones me sugieren nuevos interrogantes. ¿Acaso es inconcebible que



los artistas que permanecieron en la Isla vivan sus complicadísimos dilemas morales sin renunciar a una ética? ¿Y acaso aquellos que se fueron quedan así dispensados de toda exigencia ética al haberse librado de estos dilemas por el hecho de irse? En todo caso, no logro reconocer en el retrato de Padilla al Tión que yo conocí, con su enorme categoría humana.

Cuando llego a este punto en mis reflexiones me doy cuenta de que en estos años me he ido adentrando en la compleja realidad cubana hasta penetrar en esa zona de intimidad que es la conciencia de las personas. ¿Con qué derecho?, me podría espetar alguien. Lo cierto es que nunca me lo reprochó ningún cubano y por el contrario, siempre sentí que, con esa generosidad proverbial de la Isla, se me invitaba a entrar hasta en lo más recóndito de la casa cubana. Por eso hoy siento en lo más profundo que ya nunca su destino me resultará ajeno.



Marta María Pérez Bravo. *Alafia y el 70.*